HIDALGUÍA CASTELLANA.

EPISODIO

HISTÓRICO-DRAMÁTICO DEL REINADO DE CÁRLOS I,

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. SENEN LOPEZ RODRIGUEZ.

Estrenado con extraordinario éxito
en el Teatro Martin la noche del 31 de Enero
de 1877.



MADRID:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO, DIRIGIDO POR J. C. CONDE, CAÑOS, 1.

1877.

ADVERTENCIA.

Aunque Cárlos, Duque de Chievres, no fué realmente el Regente de España en la época de nuestro drama, sino Adriano de Utrech, dean de Lovayna, hemos sustituido á éste con aquel en atencion á la alta jerarquía de que Adriano fué investido despues, ocupando, como es sabido, el trono pontificio. Por otra parte el Duque de Chievres fué uno de los que más influyeron en los manejos de aquel tiempo en nuestra pátria, y por consiguiente se altera levemente la historia al hacer esta sustitucion de personas.

PERSONAJES.		ACTORES.
ISABEL.	SRAS.	JORDAN.
DUEÑA.		SOLÍS.
MARTIN.	SRES.	YAÑEZ.
DUQUE DE CHIEVRES. .		VALLARINO.
PAREDES.		FRAILE.
PONCE.		MARTINEZ.
QUIÑONES.		SERRANO.

Caballeros, Pajes, Criados, Pueblo.

La accion en las cercanías de Valladolid en el año 1520.

ACTO ÚNICO.

Casa rústica en las cercanías de Valladolid. Puerta de entrada al fondo: á la derecha del espectador otra que da paso al interior de la casa, y á la izquierdá una ventana practicable. En el centro de la escena, una gran mesa y asientos rústicos. Es de noche y truena sordamente á lo léjos.

ESCENA PRIMERA.

ISABEL Y MARTIN.

ISABEL. ¡Qué noche, si causa horror!
¿Y es forzoso que esta noche
salgais? Llueve á troche y moche.
MARTIN. Cierto.
ISABEL. Quedaos, señor.
MARTIN. No.
ISABEL. ¿Mi ruego nada alcanza?
MARTIN. Me aguardan.....
ISABEL. De espanto llena
me dejais. ¿No ois cual truena
sordamente en lontananza?
MARTIN. Rara noche trascurrió
sin renovar la memoria
de alguna pasada historia
varios amigos y yo.
ISABEL. Pero si hoy marchar os dejo.....
MARTIN. Volveré pronto.
ISABEL. ¿Quién sabe.....?
(Gran relámpago y trueno.)
¡Jesús! (Asustada, santiguándose.)
MARTIN. La cita no es grave
y seguiré tu consejo.
(Es temprano; hasta las diez
no es el motin: aún no es hora.)
Quiero darte gusto ahora. (A Isabel.)
(¡Quizá es la postrera vez!)
No salgo. (Deja la capa sobre una silla.)
ISABEL. ¡Padre querido! (Abrazándolo.)
¿Os quedais al fin?

MARTIN. Me quedo.
ISABEL. Gracias; ya no tengo miedo.
MARTIN. Picarilla, me has vencido. (Acariciándola.)
ISABEL. ¿No tendrá mayor encanto
para vos esta velada
junto á vuestra hija amada
que os adora, padre, tanto?
MARTIN. Sí, Isabel, ¡en tu amor fundo
mi ventura y mi alegría!
ISABEL. ¡Padre!
MARTIN. ¡Tú eres, hija mia,
lo que más amo en el mundo!
(¡Quizá llore á la alborada
huérfana su sino impío!
¡Vela por ella, Dios mio,
si sucumbo en la jornada!)
(Alzando las manos sobre Isabel en ademan de bendecirla, sin que ella lo observe.)

ESCENA II.

DICHOS *y la* DUEÑA, *por el foro.*

DUEÑA. ¡Vírgen de la Soledad!
(Entra con una candileja en la mano.)
¡El terror me tiene muda!
¡qué noche, señor, tan cruda,
qué truenos, qué tempestad!
Con doble llave y cerrojo
he cerrado el cobertijo
dejando allí un crucifijo
con un bendito manojo
de tomillo... ¡Huy! ¡El graznido
(Se oye graznar un buho.)
del buho! (Santigüándose.)
MARTIN. ¡Marta! (Con severidad.)
DUEÑA. ¡Gran Dios!
¡Dicen que el Diablo va en pós
del buho! ¿No habeis oido
su canto vibrante y seco?
ISABEL. Fué vuestra imaginacion.
MARTIN. ¡Tu nécia supersticion!
DUEÑA. Dios me perdone si peco. (Santiguándose.)
Pero presagio sin duda.....
MARTIN. ¡Eh! Basta ya, ¡pese á mí!
¡Valieras un potosí
si hubieras nacido muda!

DUEÑA. Señor, si ofenderos puedo.....
Más por bien vuestro lo hablo.
MARTIN. ¿No comprendes, ¡voto al Diablo!
que la estás causando miedo? (Por Isabel.)
¡Mira que puede ocurrir
se me antoje usar del fuero
que al ave de mal agüero
autoriza á despedir!
ISABEL. ¡Perdonadla!...
DUEÑA. ¡Sí, perdon!
MARTIN. Por esta vez lo teneis;
¡pero ved que si volveis
á asustarla!...
(Suenan á lo léjos tres campanadas.)
ISABEL. ¡La oracion!
(Isabel y la Dueña se arrodillan. Martin se descubre. Ligera pausa.)
MARTIN. Dueña, la cena apareja
(La Dueña se dispone á salir y se detiene despues oyendo á Martin.)
tras ese rezo contrito,
que tu edad y el apetito (A Isabel.)
corren, Isabel, pareja.
Á tus años, ¡voto á San!
me parece que es ahora,
me sobraba á cualquier hora
más apetito.... que pan.
Más brillante entónces era
de mi amada pátria el sol;
que el pabellon español
era vencedor do quiera.
Y si no, dígalo Francia,
que el ser vencido no humilla,
si ante el pendon de Castilla
no sucumbió su arrogancia.
Hoy de tan excelsa gloria,
¿qué queda?.... Vanos reflejos
que se pierden á lo léjos
en la noche de la historia!
(Suenan fuertes golpes á la puerta de afuera.)
Á estas horas?... ¿Quién será?...
ISABEL. Algun pobre viajero
á quien cogió el aguacero,
y á refugiarse vendrá.
MARTIN. Déjanos. (A Isabel que se va por la derecha.)
(Continúan los golpes con más violencia.)
¡Trueno de Dios!
Que no es hombre de paciencia

quien llama así... Y en conciencia...
Se esta mojando... Abrid vos (A la Dueña.)
(La Dueña va á salir y retrocede al ver al Duque y su comitiva.)

ESCENA III.

DICHOS, *el* DUQUE DE CHIEVRES, QUIÑONES, PAREDES, PONCE *y otros caballeros, pajes y criados con armas y en traje de caza. Durante los primeros versos los criados cubren la mesa.*

DUQUE. No os tomeis ese trabajo.
Soy hombre de poca espera
y he entrado.....
MARTIN. (Con ira y asombro). ¡De qué manera!
DUQUE. Echando la puerta abajo.
MARTIN. ¡Cómo!
DUQUE. Podeis esperar
por ahí dentro.
(Algunos pajes y criados se retiran.)
MARTIN. (Por mi nombre!.
¿Pero quién es este hombre
que así atropella mi hogar?)
DUQUE. Diablo! Si aquí no me zampo!...
(Dejando la capa.)
QUIÑONES. ¡Cómo llueve!
PONCE. A troche y moche.
MARTIN. Caballero..... (Al Duque).
DUQUE. (Sin hacerle caso.) Brava noche
para pasarla en el campo.
MARTIN. Retiraos. (A la Dueña, que obedece.)
A la verdad (Al Duque.)
teneis una forma extraña
de venir á mi cabaña
pidiendo hospitalidad.
DUQUE. Pon á raya tu insolencia.
Harto menguado ser debes
cuando á enojarte te atreves,
villano, en nuestra presencia.
PONCE. Señor Duque, perdonad
si pudo el plebeyo ruin
enojaros, por que al fin
es un labriego.
QUIÑONES. Es verdad.
DUQUE. ¡Soy un noble, vive Dios, (A Martin.)
que á honrar tu morada pasa!
MARTIN. ¡Honrada era ya mi casa (Con altivez.)

ántes que viniérais vos!

PONCE. Vuestra Alteza, al montañés
(Conteniendo un movimiento de ira del Duque.)
deje hablar á su capricho.

MARTIN. (¡Su Alteza! ¡Su Alteza ha dicho!
¡Es el Regente!... ¡Sí, él es!)
(Mirando fijamente al Duque.)

DUQUE. Decís bien, que mis furores
no merece, por mi vida.

PAREDES. Ya está la mesa servida. (Señalándola.)

DUQUE. Pues á la mesa, señores.
(Miéntras el Duque y los caballeros se sientan á la mesa, Paredes y Martin, en un lado, hablan aparte.)

PAREDES. ¿Me conoces?

MARTIN. Tal vez sí.

PAREDES. Esta noche.....

MARTIN. Es la propuesta.

PAREDES. ¿Tu gente?

MARTIN. Brava y dispuesta
me aguarda cerca de aquí.
¿Y Padilla?

PAREDES. En la ciudad
se alza esta noche tambien.

MARTIN. ¡Que Dios nos saque con bien!

PAREDES. ¡Castilla y comunidad!
(Se estrechan las manos y Paredes vo á sentarse á la mesa.)

DUQUE. ¿Cómo te llamas?

MARTIN. Martin.

DUQUE. ¿Y en la córte no has estado?

MARTIN. Allá fuí cuando soldado.

DUQUE. ¿Durante la guerra?

MARTIN. Al fin.

DUQUE. ¿Con que serviste tambien?...
(Movimiento afirmativo de Martin.)
¿En Flandes?

MARTIN. Allí he servido.

DUQUE. ¿Sin duda habrás asistido
á cien combates?

MARTIN. Acien.

DUQUE. ¿Bajo qué jefe?

MARTIN. El gran Alba.

DUQUE. No es un grande general
segun dicen.

MARTIN. ¡Otro igual
no existe!

DUQUE. ¿Qué, ni se salva
el de Saboya?

MARTIN. Señor,
ese, aunque soldado, fué
cortesano.... y ya se vé....
con la intriga y el favor....
logró verse enaltecido,
mas ¿qué le importa, pardiez,
(Con intencion.)
de España la gloria y prez,
al que español no ha nacido?

DUQUE. Pues entónces ¡pese á mí!
¿Por qué tanta fama cobra?

MARTIN. Será.... la que al otro sobra.

DUQUE. ¿No fuiste premiado?

MARTIN. Sí.

DUQUE. ¿Con mucho?

MARTIN. Con lo bastante.

DUQUE. ¿Qué premios te concedieron?

MARTIN. Cinco heridas que me hicieron.

DUQUE. ¡Por Dios, que el premio es galante!

MARTIN. Sí; pero entónces señor,
para ascender algun grado,
(Animándose gradualmente.)
era preciso al soldado
el batirse, no el favor.
No, cual hoy, á imberbe mozo
se daba con torpe afan
la banda de capitan
apenas le apunta el bozo.
Entónces sólo contaban
los tercios, por vida mia,
gente que á pólvora olia,
y en cuyo pecho ostentaban
tantas señales y tantas
de victorias que alcanzaron,
como enemigos postraron
exánimes á sus plantas!

DUQUE. ¿Y quién le ha dicho al rehácio
que hoy lo mismo no suceda?

MARTIN. Hoy dicen... que se almoneda.

DUQUE. ¿Dónde, por Dios?

MARTIN. ¡En palacio!

DUQUE. ¡Tenga en lo que dice cuenta!

QUIÑONES. (¿Qué os parece del labriego?) (A Paredes.)

PAREDES. (Parece que no es tan lego, (A Quiñones.)
Quiñones, como aparenta).

MARTIN. Tal vez he sido imprudente...
(Con irónica sumision.)

Ignoro con quién estoy
hablando, y acaso soy...

DUQUE. ¡Pues hablas con el Regente!

MARTIN. Si vano, señor, osé (Como ántes.)
decir tanto desacierto,
fué... por hablar; mas por cierto
con quién hablaba ignoré.
Ved que disculpa mi accion
el ser campesino rudo,
en quien caber nunca pudo
de ofenderos la intencion.
Además... que cuanto dije,
voces son que he oido á varios...
Pero... que serán contrarios
de Su Alteza, se colige.
¿Creereis?... Su maledicencia
no se limita á tan poco,
pues dicen... pero estoy loco,
abuso de la paciencia...

DUQUE. ¿Qué dicen?

MARTIN. Pues además...
dicen que hay en nuestros dias
dos córtes.

PONCE. ¿Qué tonterías,
villano, diciendo estás?

DUQUE. No tienen ambas Castillas
más que una córte.

MARTIN. (Con mucha intencion.) Advertid
que hay una en Valladolid...

DUQUE. ¿Y la otra?

MARTIN. (Idem.) ¡En Tordesillas!

DUQUE. ¡Rayo de Dios! ¿Quién tal dijo?
(Se levanta airado, y los demás caballeros se levantan tambien.)

MARTIN. Los mismos... pues... varias gentes.

DUQUE. ¡Son patrañas insolentes!

MARTIN. Así, señor, lo colijo.

DUQUE. Pues es fuerza que paseis (A los caballeros).
la noche en este lugar,
podeis ir á descansar.

QUIÑONES. ¿Y vos?

DUQUE. En mí no penseis.

PONCE. Sin embargo...

DUQUE. Yo platico
gustoso con el labriego.

QUIÑONES. Pero.....

DUQUE. Ya os seguiré luego.

Retiraos, os lo suplico.

(Vánse los caballeros por el foro. Paredes y Martin se hacen señas de inteligencia.)

ESCENA IV.

Martin *y el* **Duque.**

Duque. Prosigue... ¿No dicen más?
Martin. Con intencion no muy sana,
añaden que Doña Juana
no está loca...
Duque. (Colérico.) ¡Por Caifás!
Martin. Con la imperial anuencia,
dícese que lo fingieron
los regentes.....
Duque. ¿No dijeron
á qué fin?
Martin. Por la Regencia.
Dicen que al Emperador
tal rumor le conviniera;
que á no estar loca, él no fuera
de España rey y señor.
Y áun eso es nada... la gente
dice que es un desafuero
que á un... flamenco, á un extranjero
hayan nombrado Regente.
Que pues hay tanto leal
en España, es una afrenta
que eso el pueblo lo consienta;
pues así nuestro caudal
á manos agenas pasa,
con más que notorio daño,
y que al fin... venga un extraño
á mandar en nuestra casa!...
Duque. Con harta paciencia oí
(Sin poder contenerse.)
tus sandeces, á fé mia.
¿Quién te ha dicho que podia
hablar un plebeyo así
del hombre al que el pueblo hispano
acata sin vacilar,
y que te puede aplastar
con sólo extender la mano?
Sol es del pueblo español,
de luz clara y refulgente;
y ¡ay de aquel que frente á frente
se atreve á mirar al sol!

MARTIN. Perdonad si os ofendí,
que tal mi intencion no fué.
Sólo por hablar, hablé...
Vos lo mandásteis así.

DUQUE. Advierte que tu rudeza
no ha de escudarte otra vez;
mira que arriesgas, pardiez,
hablando así, la cabeza!
Estoy de buenas; (Transicion.) escucha,
y que en tí grabado quede
mi consejo, porque puede
serte de importancia mucha.
¡Aquel que oiga deprimir
otra vez al gobernante,
que calle y siga adelante
sin querer mirar ni oir.
¡Que no le ocurra contar
si algo oyó, no le acontezca
que por oir, ensordezca,
y enmudezca por hablar!

MARTIN. (La cólera que arde en mí
puedo apénas contener.)
(Aparece Isabel en la puerta de la derecha.)

DUQUE. ¿Qué estoy viendo? ¡Una mujer!

MARTIN. Ah! mi hija!

DUQUE. ¿Quién es, dí?

ESCENA V.

DICHOS é ISABEL.

ISABEL. ¡Ah, señor! (Arrodillándose ante el Duque.)

MARTIN. (Ante él se humilla!)

DUQUE. Levanta.... (Levantándola.)

MARTIN. (¡Tanta bajeza!...)

DUQUE. Sólo ante Dios, la belleza
doblar debe la rodilla.

MARTIN. Señor Duque.....

DUQUE. (Sin cesar de mirarla.) ¡Cuánto hechizo!
No inclines tu pura frente
sino ante el Omnipotente
que tan hermosa te hizo.

ISABEL. Señor, os sentí gritar
y me aproximé á esa puerta,
y os oí, de miedo muerta,
á mi padre amenazar.
¡Perdon, señor, para él!...

DUQUE. Cuando un ángel lo demanda
no lo suplica, lo manda.

MARTIN. Nada temas, Isabel.
(Tal vez en su mente impía
(Viendo al Duque fijo en ella.)
brota una idea malvada!)

ISABEL. (Me da miedo su mirada!) (Idem.)

DUQUE. (¡Por Cristo, que ha de ser mia!)

MARTIN. Venir aquí no has debido. (A Isabel.)
Retírate sin temor.

ISABEL. Que el cielo os guarde, señor. (Al Duque.)

DUQUE. Y á tí te guarde Cupido.
(Váse Isabel por la derecha.)

ESCENA VI.

DICHOS, *ménos* ISABEL.

DUQUE. Ven, Martin: segun se advierte
acaso nada te sobre.

MARTIN. Es verdad, pero....

DUQUE. Eres pobre....

MARTIN. Contento estoy con mi suerte.

DUQUE. ¿No procuras algun medio
que oponer á tu destino?

MARTIN. Voy rodando en mi camino
sin atender al remedio.

DUQUE. ¿De quién esperas?

MARTIN. De Dios.

DUQUE. Esperas quizás en vano.
¿Quién te guiará?

MARTIN. La mano
que os está guiando á vos.

DUQUE. A ciegas vas, á fé mia,
si no tienes otro norte.

MARTIN. Tranquilo estoy.

DUQUE. En la córte
es inmensa mi valía.
Puedo darte el porvenir
de tu hija.

MARTIN. Os lo agradezco.

DUQUE. Labriego, yo te lo ofrezco
porque lo quiero cumplir.
No hay poder que no acumule,
y mi voluntad es ley
que acata hasta el mismo Rey
con sólo que la formule.

¿Vendrás?

MARTIN. No saldré de aquí.

DUQUE. ¿Y si lo mando?

MARTIN. Tampoco.

DUQUE. Por Dios, que si no estás loco....

MARTIN. Señor Duque.... tal vez sí.

DUQUE. Si yo te estuve rogando
fué por antojo no más,
pues á la córte vendrás
sólo por que yo lo mando!

MARTIN. ¡Basta, señor! ¡Que respira (Sin poder contenerse.)
difícilmente mi pecho,
porque le embarga el despecho
y le enajena la ira!
Ya que vuestra audacia así
mi justo enojo despierta;
ya que forzando la puerta
habeis penetrado aquí,
puedo decir con razon
al contemplar lo que pasa,
que habeis entrado en mi casa
como entraria un ladron!

DUQUE. Villano infame! ¡Tal mengua
sufriendo con calma estoy!

MARTIN. ¡Sí, por Cristo!

DUQUE. ¡Por quien soy,
que te he de arrancar la lengua!

MARTIN. ¡Ladron os llamé y me fundo,
pues cubriéndoos de desdoro
quereis robarme el tesoro
más grande que hay en el mundo!

ISABEL. ¡Padre mio!
(Sale por la derecha asustada y se abraza á su padre.)

MARTIN. ¡Hija querida!

DUQUE. Que me siga tu hija quiero,
y me seguirá.

MARTIN. ¡Primero
le arrancaré yo la vida!

DUQUE. ¡Morirás!
(Desenvainando su espada hasta la mitad.)

MARTIN. ¡Quereis en vano
que ante vos mi frente doble!
¡De las traiciones de un noble,
se defiende así un villano!
(Se coloca delante de su hija, y saca un puñal

con el que amenaza al Duque. En este movimiento se coloca Martin cerca de la ventana.)

DUQUE. ¡Dios de mi furor te guarde!

ISABEL. ¡Piedad! (Al Duque.)

MARTIN. ¡De él jamás la implores!

DUQUE. A mí, fieles servidores! (Llamando.)

MARTIN. ¡Vive Dios, sois un cobarde!

(Aparecen por el fondo los criados y pages del Duque y los caballeros, ménos Paredes.)

¡Ay del que se acerque á mí!

(Esgrimiendo el puñal.)

DUQUE. ¡Prendedle!

MARTIN. ¡Inútil porfia!
Nada temas, hija mia,
que yo velaré por tí.

(Salta por la ventana y le siguen todo el acompañamiento del Duque, unos por la ventana y otros por el foro. Isabel cae desmayada sobre un banco.)

ESCENA VII.

ISABEL *y el* DUQUE.

DUQUE. ¡Qué hermosa es!... ¡Por quien soy,
(Contemplando á Isabel.)
que me asustó el montaraz!
No le juzgué tan audaz.
Ya vuelve en sí. (Por Isabel.)

ISABEL. (Incorporándose.) ¿Dónde estoy?

DUQUE. Serena tu hermosa frente,
Isabel encantadora.

ISABEL. ¿Quién sois? (Con asombro.)

DUQUE. Quien rendido adora
tus hechizos.

ISABEL. ¡El Regente!
(Levantándose aterrada al reconocerlo.)
¡No ha sido un sueño... Señor!
¿Y mi padre, dónde está?

DUQUE. Pronto á tu lado estará
si eres propicia á mi amor.

ISABEL. ¡Ah! ¡Vos mandásteis, cruel, (Recordando).
prenderle!...

DUQUE. Su desacato...

ISABEL. ¡Y vuestra gente, al mandato
lanzóse feroz tras él!

DUQUE. Calma tu semblante hermoso;
que si yo mandé prenderle,
puedo en un momento hacerle

libre, feliz, y dichoso.
Nada temas, si á mi amor,
dulce paloma, te allanas.

ISABEL. ¡Oh! dejad lisonjas vanas
y respetad mi dolor.
¡Tened al ménos piedad!

DUQUE. Ténla tú de mi agonía (Con calor creciente.)
y á mi amorosa porfía
ceda al fin tu terquedad.
Todo á mi poder se humilla,
todo mi mano lo abarca,
y en mí vé el pueblo al monarca
verdadero de Castilla.
Nada resiste á mi fuero,
y mi voluntad es ley
que obedecen desde el rey
hasta el último pechero.
Doblan ante mí sus frentes
los magnates y villanos,
y los reinos castellanos
están de mi voz pendientes.
Oye, Isabel adorada,
todo este poder que ves,
todo lo rindo á tus piés
por una sola mirada.
Mírame tú con ternura,
cese tu desdén al cabo,
y tendrás en mí un esclavo
de tu sin par hermosura.
Tú serás dueña de mí,
(Arrodillándose ante ella.)
de mis glorias y riquezas,
y las más altas grandezas
tendrán envidia de tí.
Yo colmaré tu ambicion;
siempre á tus piés me tendrás,
y en Castilla reinarás
reinando en mi corazon.

ISABEL. ¡Cesad... cesad! ¡Me sonrojo, (Con repugnancia y disgusto.)
señor, de haberos oido!
¡Mal medio habeis elegido
para mitigar mi enojo!
¿Pensó vuestro orgullo vano
que os puede nunca bastar
el oro, para comprar
un corazon castellano?

¡En vuestro país, tal vez,
se compre y venda el amor;
pero en España, señor,
tenemos más altivez!

Duque. ¡No sé cómo me contengo,
mira que tu audacia loca
mi justo enojo provoca!

Isabel. ¿Me amenazais?

Duque. Te prevengo.
Nadie jamás me humilló
como tú, niña imprudente,
ni nadie amor tan vehemente
con tanto desden pagó.
Y por Dios, que culpa tuya
será, si al fin mi impaciencia,
hace que la violencia
á los ruegos sustituya.
Que dentro del pecho siento
rugir orgullo y coraje,
al ver pagar con ultraje
mi amor y mi sufrimiento.

Isabel. ¡Basta! ¡Escucharos no quiero!
(Con altivez.)
¡Basta, no intenteis seguir!
¿Os atreveis á decir
que vos sufrís, caballero?
¡Que vos sufrís! ¡Ah! ¡Sin duda
porque una débil mujer
se os ha atrevido á oponer
este sexo que la escuda!
Sexo que vos... ¡ah! villano,
atropellar intentais,
con cuya accion demostrais
que no sois, no, castellano!

Duque. ¡Isabel! (Airado.)

Isabel. ¡Sí, caballero!
(Acreciendo en energía.)
¡Que sólo osara á ofender
en España á una mujer
un miserable extranjero!
¡Oh! ¡Bella hazaña, por Dios!
¡Atreverse á una doncella!
Bella hazaña, y como ella
debeis contar muchas vos.
En vuestra pátria, quizás,
quien proceda tan rastrero
se llamará caballero,

pero en España... jamás!

Duque. ¡Isabel!...
(Fuera de sí y dando en paso hácia ella.)

Isabel. ¡Herid, señor,
que esas fueron las acciones
que os valieron los blasones
que os diera el emperador!

Duque. ¡Ira de Dios! (Cogiéndola violentamente de un brazo.) Nécia fuiste!
(Soltándola y cambiando de tono.)
Te tengo presa en mis redes,
y por más que hables no puedes
escaparte... ¿No digiste
que tan sólo con vilezas (Ironía.)
mis blasones alcancé?
¡Pues aún no sabes, á fé,
la mejor de mis proezas!
¡Mira! ¿No ves á lo léjos
(La coge de un brazo y la lleva á la ventana.)
luces que aquí se encaminan
y que el contorno iluminan
con sus brillantes reflejos?
Son mis gentes que hácia aquí
traerán á tu padre atado
para ser descuartizado.

Isabel. ¡Qué horror!... (Apartándose de la ventana.)

Duque. ¡Delante de tí!
¡Sí! Pues llegó tu demencia
mi amor hasta despreciar,
tú acabas de pronunciar
de tu padre la sentencia.

Isabel. ¡Ah, no! ¡Perdonad, señor,
no sé lo que me decia!...
¡Estaba loca... sufria!...
¡Compadeced mi dolor!
¡Perdon, en mi desvarío
atrevida, loca fuí!
¡Tened lástima de mí!
¡Tened compasion...! ¡Dios mio!
En adelante estaré
á vuestros piés noche y dia, (Arrodillándose)
y con ciega idolatría
siempre, siempre os amaré!

Duque. Es tarde. (Volviendo el rostro.)

Isabel. ¡Ah, señor, mirad
cómo lloro arrepentida!
¡Tomad, si quereis, mi vida,
y á mi padre perdonad!

Duque. Es tarde. ¿Escuchas?
(Suenan léjos disparos de mosquete.)
Isabel. (Anegada en llanto.) ¡Dios mio...
Salva á mi padre, clemente!
Duque. Tarde, Isabel, se arrepiente (Con sarcasmo)
tu insensato desvarío.
Isabel. ¡Ah, sois un mónstruo infernal,
(Levantándose.)
teneis de mármol el pecho!
Duque. Igual que tú.
Isabel. ¿Qué os he hecho,
que así os gozais en mi mal?
(Nuevos disparos.)
Duque. ¿Oyes?... ¡Ya no hay esperanza,
tu dolor es mi consuelo!
Isabel. ¡Ah, si hay justicia en el cielo,
venganza, gran Dios, venganza!... (Váse por la derecha.)

ESCENA VIII.

Duque, *despues* **Martin.**

(El Duque queda un momento mirando á la puerta por donde desapareció Isabel, y hace una ligera pausa, durante la cual suenan nuevos disparos.)

Duque. ¡Vive Dios, que me sorprende
tal resistencia, á fé mia,
y que su altiva energía
mi amor aviva y enciende!
Bien le cuadra aquel refran
«¡Igual hijo de tal padre!»
pero por más que le cuadre,
mis votos se cumpliran!
¡Que no hay humano poder
que al mio oponerse pueda,
y es vergonzoso que ceda
ante una débil mujer! (Breve pausa.)
Allí está bañada en llanto.
(Acercándose y mirando por la puerta de la derecha de modo que dé la espalda á la ventana. Miéntras dice las tres cuartetas siguientes, entra Martin por la ventana y cierra cuidadosamente ésta y la puerta del foro, y se coloca detrás del Duque.)
¡Qué hermosa es! ¡Por mi honor,
que dá á su rostro el dolor
mayor belleza y encanto!
¡Hermosa flor celestial

que mis delicias reasumes,
yo aspiraré los perfumes
de tu aroma virginal!
¡Al fin te tengo á mis piés;
ya eres mia, ¡vive Dios!
¡Sólos estamos los dos!
(Hace un movimiento para entrar por la puerta de la derecha.

MARTIN. ¡Mentís, Duque, estamos tres!
(Dándole en el hombro.)

DUQUE. ¡Ira de Dios! ¿Esto es cierto?...
(Volviéndose asombrado.)
¡Tú aquí!

MARTIN. (Con ironía.) Ya lo veis.

DUQUE. ¡Qué miro!
¿Estoy soñando, ó deliro?

MARTIN. Estais soñando despierto.
(Cada vez con mayor ironía.)
No os sorprenda mi osadía,
pues os vuelvo en la jornada
jugada contra jugada,
cortesía á cortesía.
Ya veis que aunque montaraz
noblemente me desquito:
me visitais, y os visito;
estamos, señor, en paz.

DUQUE. ¿Por dónde entraste, traidor?

MARTIN. ¡Oh! cese el asombro vuestro,
que vos fuísteis mi maestro
en forzar puertas, señor.
Vuestra Alteza llegó á dar
sólo, de abrir con el modo...
Yo, señor, he dado en todo,
pues dí en abrir... y en cerrar.
(Señalando la puerta y la ventana.)

DUQUE. Mucho fia el atrevido
en su audacia, ¡vive Dios!

MARTIN. Es que sé que de los dos
sereis vos siempre el vencido.

DUQUE. ¿Siempre?

MARTIN. Perded la esperanza.

DUQUE. Pronto mis gentes vendrán...

MARTIN. ¡Oh! vuestras gentes están
metidas en otra danza.
(Se oyen voces y tumulto á lo léjos.)
¿No oís?... El pueblo, cansado
de sufrir tanto baldon,
en abierta rebelion

contra vos se ha levantado.
Y miéntras yo, de la aldea
alzo á la gente sencilla,
allá en la ciudad Padilla
tambien contra vos pelea.
Venid, vereis de Martin
(Le lleva á la ventana y la abre. Tumulto y voces cada vez más cerca.)
la venganza consumada.

DUQUE. Esa turba desalmada
¿qué significa?... ¡Un motin! (Aterrado.)
¿Qué pretende en su fiereza
ese pueblo maldecido?

MARTIN. Me parece haber oido (Con calma sarcástica.)
que piden vuestra cabeza;
escuchad... es al Regente.

PUEBLO. ¡Muera!... (Acercándose.)

DUQUE. ¡Oh, por Belcebú!
¡Quien morirá serás tú;
atrás, villano insolente!
(A Martin que le cierra el paso.)
En mí la imágen reside
del monarca, paso á mí!

MARTIN. Tan sólo saldreis de aquí
dando al pueblo lo que pide.
En vano alardes haceis
de esa mentida fiereza;
él pide vuestra cabeza
y es fuerza que se la deis.

DUQUE. ¿Y quién tendrá la osadía
de tomarla? ¡Ira de Dios!

MARTIN. ¡Yo se la he de dar, ó vos
habeis de darle la mia!

DUQUE. ¿Ignora acaso el villano
que á quien se atreve su saña
es al Regente de España?
¡Haz plaza á tu soberano!

MARTIN. ¡Mentiste, vil extranjero;
(Con indignacion.)
que mal pudiera á mi rey
representar, quien la ley
no guarda de caballero!
¡Mentíste, infame traidor;
que si tuvo tal mancilla
la corona de Castilla,
fué sólo por un error!
¡Y el pueblo en su frenesí,

de su sueño al despertar,
con tu sangre vá á lavar
tal baldon!

DUQUE. (Aterrado.) ¡Triste de mí!
¡Oh, piedad!

MARTIN. Ya entre los dos
hemos trocado el papel;
aquí el villano lo es él
y el noble yo, ¡vive Dios!
¡Y pues vos sois el villano
y yo el noble caballero,
descúbrase el extranjero
ante el leal castellano!
(Le arranca el sombrero y lo arroja al suelo.)

DUQUE. ¡Ah, perdon!

MARTIN. ¿Dónde el alarde
que ántes altivo ostentabas?
¿Y tú noble te llamabas?
¡Noble tú! ¡Mientes, cobarde!
¡Que si llegaste á villano,
fué en tu pátria nada más,
que nunca vióse jamás
tan cobarde un castellano!
Tú te atreviste, engreido
con tu nombre y tu poder,
contra una débil mujer
y un anciano desvalido.
¡Oh! tú digiste, sin duda:
de este infelice villano,
no ha de alcanzarme la mano,
pues mi nobleza me escuda.
Puedo jugar con su honra,
mia cual su hacienda es,
y áun él besará despues
la mano que le deshonra.
Y cuando tales acciones
vá el villano á castigar,
no dudas en arrastrar
á sus plantas tus blasones.
Y con cobarde temor
pides perdon bochornoso...
¿Dónde está, duque orgulloso,
dónde está, pues, tu valor?

DUQUE. ¡Oh, no aumente mi flaqueza
ese desdeñoso acento;
harto pequeño me siento
al contemplar tu grandeza!

MARTIN. ¡Muere al ménos como honrado!
DUQUE. ¡No, perdóname, por Dios!
MARTIN. ¡Jamás! ¡Uno de los dos
quede aquí en sangre bañado!
(Sacando su espada.)
DUQUE. Calma tu enojo severo...
MARTIN. ¡Defiéndete, miserable,
ó como á un can despreciable
te atravieso con mi acero!
DUQUE. ¡Nunca, mátame si quieres!
MARTIN. ¡Tal vileza me exaspera!
¡Ni áun sabe morir siquiera
como un caballero muere!
¡Paró en esto tanto alarde!
Ahora tiemblas y te humillas!
¡Desdichado, de rodillas
(Arrojándole violentamente de rodillas.)
debe estar sólo un cobarde!
DUQUE. ¡Perdóname, mi riqueza
es inmensa, toda es tuya
si me permites que huya
y que salve mi cabeza!
MARTIN. ¿Qué has pronunciado, villano?
Qué ha dicho tu lábio inmundo?
¡Con todo el oro del mundo
no se compra á un castellano!
Y pues te falta virtud
y el valor de defenderte,
sufre, menguado, la muerte
en esa infame actitud!
(Hace ademan de herirle y el Duque se levanta rápidamente y saca su espada.)
PUEBLO. ¡Muera!... ¡Muera!... (Acercándose.)
DUQUE. ¡Esto es atroz!...
¿De qué me sirve luchar
(Arrojando su espada.)
si al fin me ha de asesinar
Esa canalla feroz?
Bien puedes hacer así
alarde de tu bravura,
pues el triunfo te asegura
el ser ciento contra mí.
MARTIN. ¡Miente tu lábio mezquino!
PUEBLO. ¡Muera el Regente!...
DUQUE. ¿Lo ves?
Tu valor tan sólo es
el valor de un asesino.

Martin. ¡Mientes! ¡Tal baldon no encierra
el pecho de un castellano,
que nunca ha habido, villano,
asesinos en mi tierra!
Y porque veas, traidor,
que no merezco el reproche,
voy á salvarte esta noche
ahogando aquí mi rencor.
(Señalándose el pecho.)
Ven, reyezuelo, á escaparte;
franca tienes la ventana;
(Abriendo la ventana.)
pero yo sabré mañana
irte á buscar á otra parte.
Vete, y donde alumbre el sol
dirás, si eres caballero,
que más que un noble extranjero
vale un plebeyo español.

(Salta el Duque por la ventana, y un instante despues invade el pueblo la escena con mosquetes, lanzas, picas, etc., y al frente de ellos Paredes.)

ESCENA IX.

Martin, Paredes *y* **pueblo** *que llena la escena.*

Unos. ¡Viva don Juan de Padilla!
Otros. ¡Muera el flamenco!
Martin. ¡De hoy más,
españoles en Castilla,
pero extranjeros, jamás!
¡Basta de baldon y afrenta!
Alzate, pueblo valiente,
y á la faz del mundo, ostenta
tu pujanza omnipotente!
Ven á luchar denodado
por tus sacrosantos fueros,
y rompe el yugo pesado
de esos viles extranjeros;
y que aprendan, al sufrir
vuestro enojo, castellanos,
que no pueden existir
en España los tiranos.
Pebulo. ¡Sí, sí!...

MARTIN. ¡Ya la aurora brilla
de la santa libertad!

PUEBLO. ¡Castilla; viva Castilla!...
(Blandiendo las armas).

MARTIN. ¡Hermanos, á la ciudad!

(Todos se precipitan fuera de la escena y cae el telon.)

Se halla de venta al precio de UNA PESETA, en las principales librerías y en casa del autor, calle del Espejo, núm. 14, principal, derecha, á donde se dirigirán los pedidos de provincias, remitiendo su importe en libranzas del Giro ó letras de fácil cobro. En todo pedido que pase de 25 EJEMPLARES, se hace el 20 por 100 de rebaja.